

en mis oraciones que os dé con el amor la felicidad que mereceis.

—Nunca me has hablado como ahora.

—Es que nunca os he visto tan taciturna, tan melancólica como desde hace algun tiempo.

—¿Tú has observado?...

—Sí; os debo tanto y es tanto mi cariño, que ya me he acostumbrado á leer en vuestros ojos.

—¿Y qué has leído, qué has leído?—preguntó Beatriz.

—He leído que no sois muy dichosa.

—¿Y por ventura crees que lo sería con el amor?

—¡Ah! Sí; pensad un solo instante en que el amor es la union de dos almas que se comprenden, que viven la una para la otra, que comparten en la vida las alegrías y los dolores, que al influjo de la felicidad que experimentan pueden sufrir con más resignacion toda clase de desdichas, porque el amor les lleva para conseguirlo á esa mansion dulcísima de la bienaventuranza, donde todo es sublime, donde todos los dolores del mundo no pueden penetrar.

Ved un ejemplo, señora.

Yo era una pobre aldeana á quien un sentimiento de ambicion separó del seno de su honrada familia.

Sin saber por qué, deseaba para mí las galas, la fortuna, el esplendor de las ilustres damas, á quienes alguna que otra vez habia visto en mi pobre aldea.

Alucinada por este deseo, llegué hasta el borde del abismo, y un corazon generoso me detuvo.

Beltran pudo empujarme á la perdicion, y sin embargo, un sentimiento generoso se despertó en su alma, y la pobre mujer abandonada, inspirándole el amor que hoy nos une, le hizo bueno, le hizo generoso.

El imploró vuestra proteccion para mí; me recibisteis á vuestro servicio, me colmásteis de favores y á un tiempo sentí en mi corazon la gratitud y el afecto.

Cuando pienso que algun dia, gracias á vuestra bondad, nos unirá la bendicion del sacerdote; cuando pienso que tendré derecho para llamarle á los ojos del mundo esposo mio, poder velar á su lado, poder apartar de su corazon la tristeza, poder colmarle de felicidad, no me cambiaria por la mujer más poderosa del mundo.

—Te enloquece el amor.

—Tal vez sea cierto. Pero ¡ay! muchas veces he pensado qué sería de mí si la desgracia me alejase de vuestro lado. Pobre mujer, abandonada en el mundo, sin recursos, sin amparo... ¡Oh! Me horroriza la idea de los padecimientos que sufriría si no contase con el cariño de Beltran. Pero con él, ¡oh! Dios me conserve siempre á vuestro lado; pero si la desgracia me separase de vos, en su afecto hallaria consuelo, amparo, proteccion, todo cuanto necesitase para vivir honrada y feliz.

¿Qué son las pobres mujeres si no logran con su

virtud, con los sentimientos de su alma, inspirar á un hombre el deseo de amarlas y de protegerlas?

Todas estas reflexiones, muy acertadas por cierto, hacian meditar á su pesar á Beatriz, que no dejaba de comprender cuánto tenian de verdad.

—¿Y tu llamas amor á esas ideas?—le preguntó de pronto Beatriz.

—Amor son.

—No, egoismo.

Esta palabra demostraba bien claramente que habia ido mucho más lejos en su pensamiento de lo que debía.

—El amor que calcula, no es amor; el amor verdadero es el que todo lo atropella, el que todo lo avasalla, es el que vive de los sacrificios, es el que dá por un instante de felicidad un siglo de martirio y de vergüenza.

La exageracion de estas teorías demostraba cuán voraz era el incendio que se habia formado en el corazón de Beatriz.

Inés fijó sus ojos en ella para descubrir hasta qué punto podría continuar hablando de la misma manera que lo habia hecho.

Beatriz se detuvo.

Todo demostraba en su fisonomía que sufría muchísimo, que se formaba en su mente una tormenta que no debía tardar mucho tiempo en estallar.

Después de permanecer algun tiempo sin pronunciar una sola palabra, se retiró á su habitacion, donde pasó sola la mayor parte de la noche.

Al dia siguiente llamó á Inés, y estrechando su mano con afabilidad:

—Dios querrá que muy pronto labre tu dicha,—le dijo,—he perdido la gracia de la reina, y no me atrevo á pedirle una espada para Beltran. Pero no importa: soy rica, y para nada necesito las riquezas. Si no se la conceden, yo le daré los medios para que pueda comprar un oficio en la corte, y sereis dichosos.

Estas reacciones eran muy frecuentes en ella.

No habia duda de que se hallaba en plena enfermedad.

Cuanto más meditaba en las palabras que le habia dicho Inés, á pesar de los triunfos que obtenia la razon sobre la obcecacion, se acercaba más y más al noble extranjero que le inspiraba aquel sentimiento.

Cuando volvia Beltran á darle cuenta de lo que pasaba, por más que al esperarle habia resuelto no preguntarle nada acerca de Colon, involuntariamente, obedeciendo á una fuerza superior, pronunciaba el nombre del extranjero, y deseaba saber hasta los más insignificantes detalles de su vida.

Beltran é Inés habian llegado á comprender lo que pasaba á su ama.

Pero ni aún ellos mismos se atrevian á decirselo.

Tal era la veneracion y el respeto que les inspiraba su dolor.

Una de las cosas que más sentia Beatriz, era que Colon hubiese respetado su secreto.

Verdad era que habia prohibido á Beltran que le dijese donde se hallaba, y que se habia alegrado mucho de que al principio intentase saberlo.

Pero aquella resolucion tan pronta, tan fácilmente adquirida; aquella calma con que podia vivir lejos de ella, le llenaban de tristeza y hacian asomar muchas veces á sus ojos lágrimas de desesperacion.

La llegada de Matías le sorprendió agradablemente.

—¿A qué se debe vuestro viaje?—le preguntó.

—Me envió á Córdoba el prior de Santa María de la Rábida para entregar una carta al señor Colon, y una bolsa con algunas doblas.

Esta última noticia le recordó las amarguras que pasaba su protegido, y admiró en él una vez más la delicadeza con que se negaba á recibir de ella auxilios pecuniarios.

—¿Le habeis visto?—le preguntó.

—Y tanto: el pobre está muy aviejado. El poco tiempo que ha trascurrido para mí sin verle, ha deuido ser para él muy largo.

—¿Y cómo habeis sabido dónde yo estaba?

—Me lo ha dicho Beltran.

—¿Y fuisteis á despediros de Colon?

—Si, sí; ¡facilillo era! ¿Despues de las instrucciones que me habia dado Beltran habia yo de ir? Le he jugado una mala pasada.

—¿Vos, Matías?

—Bien sabe Dios que me ha pesado. ¡Si viérais con qué afan me animaba el pobre, así que supo los

deseos que yo tenia de ver á mi hija, á que la buscase!...

—¿Sin duda para saber dónde estaba yo?

—Naturalmente; y por cierto que anduve todo un dia de ceca en meca preguntando por vos sin que nadie me lo dijese. Afortunadamente hallé á Beltran, y si él no me avisa, le cuento al señor Colon lo que, segun parece, quereis que ignore. Asi es que aproveché una ocasion en que estaba ocupado, y me marché de la posada sin despedirme de él. Todavía puede ser que esté esperando mi vuelta para ver si le llevo alguna noticia.

—Sí,—dijo Beatriz de pronto;—Se la llevaréis.

—Pues ello ha de ser pronto, porque si vuesa merced no manda otra cosa, me voy mañana.

Mientras que el bueno de Matías pasó algun tiempo al lado de su hija y recibió algunos agasajos de la moza para él y para su madre, Beatriz trazó en un papel algunos caractéres.

—¿Supongo que pasareis por Córdoba al volver á la Rábida?

—No habia necesidad; pero si vos quereis..., dijo Matías.

—Sí; os suplico ese favor. Vais á llevarle á Colon esta carta.

—¡Cuánto me alegro! Me quita vuesa merced un gran peso.

Matías hablaba de corazon.

Beatriz, no pudiendo sostener más tiempo la lu-

cha que le mortificaba, habia resuelto quemar las naves.

El aldeano salió al dia siguiente muy de mañana para Córdoba, y llegó muy entrada la noche; pero á tiempo para evitar que Colon llevase á cabo una resolucion desesperada.

Los recursos que le habia enviado fray Juan Perez de Marchena se le habian agotado casi por completo, gracias á un acto de generosidad de su corazon.

Aquella misma tarde, pasando por una de las calles del arrabal, habia oido gritos desesperados en el piso bajo de una casa.

—¡Socorro!... ¡Socorro!...—gritaba una voz femenil.

Maquinalmente entró en la casa de donde salian aquellas voces, y halló á una pobre jóven, de diez y seis á diez y siete años, que al mismo tiempo que gritaba, subida en un taburete, pugnaba por desatar una cuerda de la que pendia un hombre.

Aquella mujer era judía.

Se llamaba Rebeca.

El hombre que pendia de la cuerda era su padre.

—Caballero, caballero,—dijo al ver á Colon,—apiadáos de mí, y ayudadme á salvarle.

Un instante despues la cuerda estaba cortada, y el cuerpo del suicida caia exánime en los brazos de la jóven.

Entre ella y Colon le prestaron los más eficaces auxilios, y le volvieron á la vida.

Todavía respiraba; todavía habia esperanza de salvarle.

Acostáronle entre los dos en una cama, le arrojaron bastante para proporcionarle una reaccion, y mientras tanto, Colon, que deseaba vivamente saber cuál era la causa de aquel conato de crimen, interrogó á Rebeca.

—¡Ay, caballero,—dijo la jóven,—no podeis imaginaros cuán grande es mi desgracia!

—¿Pues qué os pasa?

—Mi padre, mi anciano padre, el único amparo que tengo en el mundo, habia podido á fuerza de privaciones reunir una cantidad bastante crecida, que guardaba como si fuera un precioso tesoro. Nadie sabia en dónde la ocultaba: ni yo misma le habia inspirado suficiente confianza para revelarme ese secreto. Pero hace poco, cuando yo estaba más tranquila, le ví entrar azorado, con los ojos inyectados en sangre, con la respiracion trabajosa, y al verme, deshaciéndose en lágrimas:

—¡Me han robado, hija mia, me han robado!—exclamó.—Corre, corre y avisa al curtidor Samuel para que él averigüe quién ha podido apoderarse de mi tesoro.

Salí inmediatamente; pero aún no habia llegado al extremo de la calle, cuando mi corazon me dijo que volviese, presintiendo una gran desgracia.

—Volví, y al llegar, ¡ay! ¡Dios mio! ¡todavía me horroriza el recordarlo! hallé á mi padre pendiente de esa cuerda que me habeis ayudado á cortar. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Quería á su tesoro más que á su hija!

Y la pobre jóven se deshacía en lágrimas de desconsuelo.

—Tranquilizáos, jóven,—dijo Colon.—Vuestro padre vive, y se arrepentirá de un acto que sólo ha podido llevar á cabo en un momento de desesperación.

—¡Ah! Su desdicha será inmensa, porque es anciano, no puede trabajar, y habiendo perdido lo único que tenía, sólo nos queda la miseria.

No hay quien comprenda ni socorra con mayor entusiasmo á los pobres, que los pobres mismos.

Colon, olvidándose de su posición, del oscuro porvenir que le aguardaba, maquinalmente metió la mano en el limosnero, y sacó de él una gran parte de las monedas que llevaba.

—¡Toma!—dijo á la jóven hebrea,—y remediaos con eso.

—¡Ah! Gracias, caballero, gracias; permitid que bese vuestra mano,—dijo Rebeca.

Y al mismo tiempo le indicó con sus negros, rasgados y elocuentes ojos, toda la gratitud de que se hallaba poseída.

Colon se despidió de Rebeca, y al marcharse se hizo esta reflexión:

—Aún hay seres más desgraciados que yo en la tierra.

Y como era religioso de corazón, no pudo ménos de dar gracias á Dios y de pedirle fervorosamente que perdonara las acusaciones que fulminaba contra su suerte.

Pero más tarde, al llegar á la posada, al ver que se había quedado poco ménos que sin recursos, pensó en fray Pedro Antunez.

—Me ha ofrecido el convento para que me sirva de morada; allí nada me faltará á su lado. Sus ofertas han sido hijas del corazón: iré á implorar su ayuda, porque sólo la caridad puede llevarme en medio de mis desventuras al puerto de salvación.

Resuelto estaba á llevar á cabo esta resolución al día siguiente, cuando llegó Matías con la carta de Beatriz.

—¿Me perdonais la mala pasada que os jugué?—dijo á Colon el aldeano.

—Con alma y vida..... vos no habeis sido culpable.

—Bien sabe Dios que no... pero las apariencias me condenan, y si no me perdonais...

—Venga esa mano.

—Eso es otra cosa; ahora ya estoy contento, y me parece que voy á contagiarnos con mi alegría.

—¿Habeis visto á doña Beatriz?

—Pues no: me empeñé en buscarla, y soy más terco que un aragonés.

—¿Y sabeis dónde está?

—Naturalmente, pero no puedo deciroslo.

—Entonces.

—Ella me ha dado una carta para vos; tomadla.

Colon la cogió, y leyó en ella con avidez lo siguiente:

«No deseéis saber en dónde estoy,—le decia Beatriz;—pero aguardadme: yo os juro que no tardaremos en volvernos á ver.»

Esto era mucho más de lo que podia desear.

El amor comprimido en su pecho brotó á sus ojos convertido en lágrimas de gratitud y de esperanza.

Capitulo XXIII.

La semilla del bien.

Al dia siguiente de recibir aquella carta, que tanta dicha brindó á su corazon, fué á ver á fray Pedro Antunez, el cual, reciéndole con gran intimidad y agasajo, departió con él largo tiempo, acerca de sus proyectos.

El resultado de su conversacion fué que el guardian de los Mercenarios quedó admirado del peregrino ingenio de Colon.

—He concebido un plan,—le dijo,—para apoyaros en vuestras pretensiones, Los pasos que he dado en vuestro obsequio me han demostrado que la incredulidad del confesor de la reina es uno de los más poderosos obstáculos con que tendremos que luchar, y como á ella se une la incredulidad de los cortesanos, estos, que pueden más que nosotros, destruyen